

en inacción por un buen espacio de tiempo.

En esto llegó el arzobispo, que, como se ha dicho, era visitador del tribunal. Se hallaba por casualidad en las inmediaciones del suplicio, y la novedad que voló de boca en boca de lo que en él acontecía, lo trajo allí corriendo. Informado del caso, y urgido de las no interrumpidas instancias de Don Domingo, mandó desatar á Sara del poste y tenerla reclusa en una casa, mientras examinó el punto con madurez, se resolvió lo conveniente. El Corregidor se vió obligado á obedecer, aunque con repugnancia.

Bajó la doncella del patíbulo más muerta que viva, y fué conducida á la casa de su padre, custodiada por éste mismo.

VI.

Volvió Sara en sí al cabo de algunas horas, y se encontró con gran sorpresa suya en una rica alcoba, llena de cuadros, y acostada sobre una blanda cama. Parecióle al principio que soñaba, hasta que conoció estar despierta, á virtud de los ardores que empezó á sentir en los piés. Sus ayes hicieron conocer á los que la cuidaban, que ya había recobrado el uso de los sentidos, y se apresuraron á curarla por segunda vez.

Entre tanto se ocupaba el Inquisidor en

recabar del tribunal que su hija no volviese al quemadero. El que poco antes daba lecciones de rigidez, ahora con lágrimas en los ojos pedía favor á sus colegas. Se constituyó carcelero de su hija, y prometió solemnemente dedicarse á su conversión en compañía de los mejores teólogos, teniendo siempre su persona á disposición del tribunal. Convino éste, no sin dificultad, en diferir el cumplimiento de la sentencia, mientras se daba cuenta de lo ocurrido á la Suprema, para que resolviese lo conveniente. El padre se dirigió con el mismo objeto al Sumo Pontífice, haciéndole una extensa relación de lo que había pasado.

Mucho nos difundiríamos si quisiéramos pintar lo que sintió el anciano cuando vuelto á su casa vió de cerca á su hija, aletargada nuevamente con una bebida que le habían dado los médicos con intento de hacer menos dolorosos sus sufrimientos. Contemplaba detenidamente su rostro, creyendo descubrir en él algunos rasgos del de su esposa: la palidez que lo cubría, y la tintura de dolor que aun conservaba en medio de su desmayo, daban á su hermosura sumo interés. ¡Desdichada! repetía el anciano de cuando en cuando: yo he sido tu verdugo.

También la vieja nodriza, por concesión especial del Arzobispo, asistía á su lecho, llena una veces de esperanzas, y otras de

sobresaltos. Ambos se dedicaron á cuidar á la doliente con la más tierna solícitud.

Pasados algunos días, logró el padre con sus caricias lo que antes no había podido con sus rigores. Sus fervorosos suspiros, y sus lágrimas derramadas, ora sobre los altares, ora sobre el pecho de su hija, fueron eficaces para ablandarlo, convirtiéndolo á una religión de verdad y de amor. Pudieron estos medios en Sara, lo que no habían podido las argollas y cadenas. Padre mío, decía algunas veces con lágrimas de ternura, ¿por qué no me habló vd. así cuando estaba yo presa? ¿Con qué gusto le hubiera escuchado! Parece que lo que vd. me dice aquí, es muy distinto de lo que se me decía entonces.

El padre tuvo el indecible consuelo de ver á su hija reconciliada con la Iglesia. Hízose esta ceremonia con toda pompa, concurriendo á ella lo más lucido de la ciudad.

Empero la salud de Sara iba decayendo de día en día. Su espíritu había padecido mucho en la prisión, y más todavía en el hadas, se entregaba al descanso con dulce patíbulo, cuya representación tenía tan impresa en el ánimo, que la hacía despertar á menudo de su sueño, pidiendo á gritos socorro. Acudía el padre á consolarla, y ella volvía en lo pronto la cabeza á otro lado, como si viese á su verdugo: cerciorada

de que sus temores eran infundados, entraba en sosiego, estrechaba entre sus manos las de su padre, besándolas afectuosamente, y reclinándose de nuevo sobre las almohadas se entregaba al descanso con dulce pero melancólica sonrisa. ¡Oh, qué hermosa, qué inocente, qué amable parecía! La memoria de su amante la ocupaba de continuo, y soltando la rienda á su llanto, lamentaba el amargo fin que le había cabido. Faltáronle al fin las fuerzas, y falleció en paz á los tres meses después de sacada al auto de fe.

Inconsolable quedó el padre con su pérdida: llorábala de día y de noche sin encontrar alivio, hasta que resignado con los decretos de la Providencia, lo buscó en la religión. Entonces conoció cuánto distaba ésta del ciego fanatismo. Renunció el cruel oficio de inquisidor, dedicándose en los días que le quedaron de vida á la enseñanza de los niños, al socorro de los pobres, al cuidado de los enfermos, y al consuelo de los desgraciados.

Pasado algún tiempo vinieron resueltas de Madrid y Roma las consultas que sobre el caso se habían dirigido. El tribunal de la Suprema mandaba quemar viva á Sara en caso de permanecer impenitente, y aplicarle las otras penas menores que usaba la Inquisición, si se mostraba arrepentida; "porque no es justo," decía, "que los errores del entendimiento queden sin el debido

castigo." El Sumo Pontífice prevenía se la pusiese en libertad, rogando á Dios por su conversión, y concediéndole en todo caso su bendición paternal.



El Amor Frustrado.

Hace algunos años que caminaba yo en el mes de Enero de Puebla á México, no en diligencia como ahora se usa, sino en un coche viejo, penosamente arrastrado por ocho malísimas mulas. Empecé el segundo día de camino la jornada ordinaria de Texmeluca á Ayotla; pero habiéndose descompuesto el coche, y cayendo á la sazón una fuerte nevada, hube de quedarme en Rio Frio, no sin pena, al verme precisado á pasar una mala tarde y una pésima noche en aquel desabrigado mesón. Mis compañeros de viaje se acomodaron en un cuarto estrecho; y yo, tanto por no serles molesto, como por estar con más anchura, tomé para mí otra pieza, allá en lo más retirado del edificio. Hice á mi criado encender fuego con que calentarme, y pasé toda